

Extractos y Contribuciones

I

LA "TABLA CLASIFICATORIA DE LOS INDIOS" A LOS TRECE AÑOS DE SU PUBLICACION

Esta nota tiene el propósito de reseñar sucintamente las principales observaciones críticas formuladas en el período 1937-1950 con respecto al mapa de los grupos humanos de América que dí a conocer por primera vez en las ciudades de Lima y Mendoza a principios del año 1937, casi contemporáneamente¹.

Superfluo es recordar que ese trabajo no constituía el producto de una improvisación, ni tampoco representaba —en términos rigurosos— una creación personal del autor, pues todos saben que era la continuación lógica y la *mise au point* de una línea taxonómica cuyos orígenes se remontan hasta D'ORBIGNY, DE QUATREFAGES, etc., para ensamblarse luego con el pensamiento de los más recientes racionólogos: DENIKER, HADDON, SERGI, BIASUTTI, PITTARD y VON EICKSTEDT.

Es bien cierto que en la *Tabla* el territorio americano aparece dividido en un número determinado de 'regiones humanas', mas fué nuestro cuidado definir sin ambigüedades el valor de este concepto, de tal modo que nadie está autorizado a interpretar nuestro casillero como un conjunto de compartimientos estancos, herméticos y uniformes, caracterizados por un tipo único de pobladores, que excluya por su sola formulación la existencia de residuos más antiguos o intrusiones más recientes, procedentes de distintas capas del poblamiento conti-

1. La primera edición constituye la 3ª parte de *Tres capítulos sobre sistemática del Hombre Americano*, que vió la luz en "Actualidad médica peruana", vol. II, Lima (Perú) 1937, pp. 99-140. El texto ya había sido leído en la II reunión de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales realizada en la ciudad de Mendoza del 3 al 11 de abril de 1937, mas fué impreso con más de un año de atraso en la revista "Physis", tomo XII, pp. 229-249, con el título *Tabla clasificatoria de los Indios; regiones biológicas y grupos raciales humanos de América*.

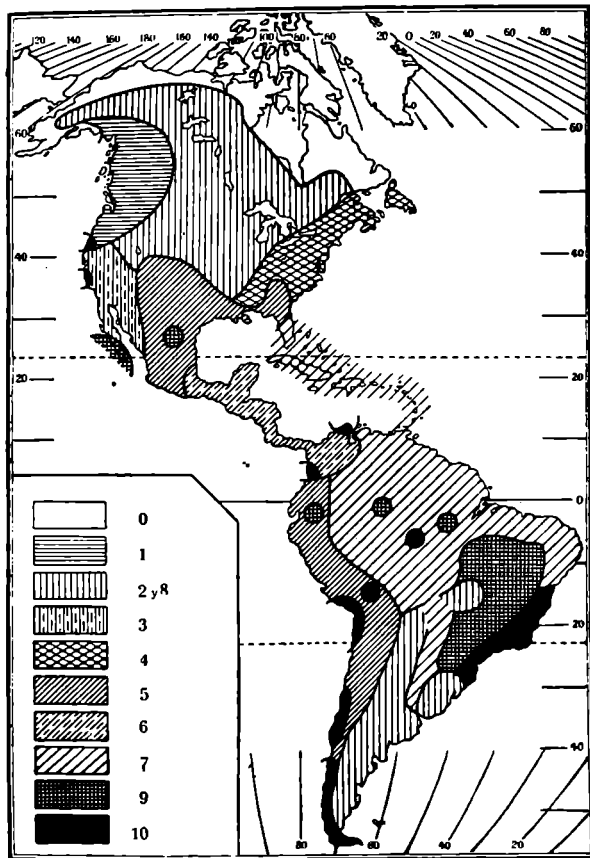
mental. En ninguna de nuestras páginas hemos predicado que, por ejemplo, la faja andina contenga únicamente pueblos de raza ÁNDIDA (aunque son éstos sus más tupidos elementos humanos) con exclusión rigurosa de supervivencias de AMAZÓNIDOS, LÁGUIDOS, etc., en núcleos más o menos numerosos, pero siempre secundarios con respecto a la masa actual. A la inversa, cuando, por ejemplo, denominamos AMAZÓNIDOS a los integrantes de la masa que predomina en la depresión forestal del río Amazonas, esta denominación no excluye que los Chocó del litoral colombiano del Pacífico deban ser adscriptos, correctamente, al mismo tipo somático y cultural.

La terminología de nuestra *Tabla*, en palabras más claras, no puede ser tergiversada en sentido 'topológico' estricto. Los términos *Ándidos*, *Amazónidos*, etc., corresponden a otros tantos tipos humanos; las áreas, en cambio, a la delimitación territorial de sus densidades representativas, o 'regiones humanas' persistentes. Los nombres, en definitiva, integran la lista de los oleajes, o 'formaciones humanas', mientras el casillero distingue los sectores de su respectiva consolidación: los primeros conservan mayor atinencia con el concepto clasificatorio puro; el segundo, en cambio, con el proceso 'histórico' de su fijación definitiva al terreno, que es un hecho contingente. Quien no lograre evitar la confusión entre estos dos aspectos, ambos fundamentales para la consideración etnogónica de todo continente, debe renunciar con franqueza a seguirnos en nuestro camino.

Han pasado trece años desde la publicación de la *Tabla*, y pienso que no será tarea inútil considerar las reacciones que ella ha provocado en los círculos antropológicos. Se distinguen en estas reacciones tres categorías de pensamiento y conducta. La primera rechaza de sana planta toda la armazón clasificatoria, fundándose en el hecho que desde MORTON hasta HRDLÍČKA ha reinado en ciertos ambientes cerrados, a guisa de un acto de fe, la creencia que todos los Indios formen una sola masa humana² indivisible e indesglosable (esta reacción, representada únicamente por TH. DALE STEWART, directo continuador de Hrdlička, está justificada psicológicamente, y no ocuparé nuestro espacio con ella, ya que en otro escrito he mostrado a qué

2. Arguye este autor que "esos tipos (los grupos raciales de la *Tabla*), los cuales se funden insensiblemente el uno en el otro, han sido 'visualizados' en calidad de entidades distintas; ello, a su vez, se transforma en argumento a favor del origen no monogenético del Indio de América", dos proposiciones, de las cuales la primera es una 'visualización' interesadamente exagerada del conocido fenómeno de los metamorfismos de contacto, y la segunda un real sofisma *ad verecundiam*. "Proceedings U. St. Natural Museum, Smithsonian Inst.", vol. XCIII, Washington, 1934, pp. 153-185.

contrasentidos racionales y técnicos da lugar esa vieja posición tradicional). La segunda categoría está constituida por investigadores que habiendo estudiado a fondo una porción limitada del territorio de América y por haber encontrado en la misma algunos reducidos sectores de superposición o yuxtaposición de grupos humanos que en



0, Neoártidos; 1, Colúmbidos; 2, Plánidos; 3, Sonóridos; 4, Apalácidos; 5, Pueblos-Ándidos; 6, Ístmidos; 7, Amazónidos; 8, Pámpidos; 9, Láguidos; 10, Fuéguidos.

mi *Tabla* no están representados cartográficamente, me sugieren —en buena fe— que me disponga a subdividir mis áreas, que juzgan artificiosamente llanas y simplificadoras, para dar lugar a las observaciones que acaban de realizar sobre el terreno (esta categoría de críticos ha ganado todo mi respeto, y, después de estudiar atentamente sus sugerencias, les he contestado públicamente con amistosa deferencia). La tercera categoría, que por suerte es la menos numerosa, revela el deseo de aprovechar las magníficas oportunidades que brinda este fértil terreno, puesto que la imposición de nuevas nomenclaturas a las empleadas

corrientemente, y la fragmentación de las áreas originales de Sergi, Biasutti, etc., en mayor número de compartimientos, son actividades que dan poco trabajo y la espectación de mucha gloria. Algo parecido se ha visto entre zoólogos y botánicos en el campo de la sistemática, donde muy pocos saben resistir a la tentación de crear nuevas especies y siempre nuevos nombres y carteles; mas en raciólogía humana las posibilidades se muestran aún más promete-

doras, por la facilidad de subdividir un área en sectores siempre más numerosos mediante la adopción de caracteres progresivamente menos fundamentales, con lo que es obvio pensar que este trabajo cartográfico tendría su último acabamiento en un mapa en que cada aldea o familia tenga su propio cartelito.

Mientras tanto, la *Tabla* ha contado durante estos trece años con varias reediciones en revistas y libros³, que le han asegurado una circulación amplísima, y el mapa que la acompaña ha introducido ligeras variantes de expresión o de enfoque, sin perder lo esencial y específico de su índole primitiva.

El primer cambio del mapa consistió en el agregado de un nuevo sector de la América septentrional, el de los APALÁCIDOS. La sugestión me había llegado de modo directo y delicadísimo en una carta particular del profesor RENATO BIASUTTI, de las muchas que nos cruzamos durante el período 1934-38 con el fin de concretar las últimas providencias relacionadas con la primera edición de la obra *Razze e Popoli*. Biasutti me preguntó si estaba dispuesto a reconocer la diversificación somática de los pueblos de lengua y civilización Hurón-Irokés, y su invitación constituyó para mí un agradable 'encuentro de ideas' pues en ese tiempo acababa justamente de estudiar las fecundas páginas del misionero moravo HECKEWELDEV (1818), el único etnólogo que conoció personalmente y frecuentó durante largos años a los hombres de las cuatro grandes ramas de ese conjunto, Wyandot, Hurón, Lenape y Delaware. El retoque del mapa con el agregado de la zona correspondiente a los Apalácidos, decidido ya a fines de 1938, tuvo su primer asiento en la obra de Turín⁴, salida a la publicidad en 1941. Como todos saben, durante ese período la guerra europea dificultó intensamente las comunicaciones postales, y los ejemplares impresos que el editor me remitiera por vía marítima nunca llegaron a mis manos, aunque he sabido después que salieron de Portugal dirigidos a Buenos Aires. En conclusión, he podido leer mis capítulos del III volumen de la obra de Biasutti no antes de 1946.

Pero ya en 1941 había recibido una segunda sugestión, esta vez

3. Entre las más recientes reediciones del mapa mencionaré las siguientes: en la pág. 169 de la nota de ADOLFO DEMBO: *La población indígena americana y sus grupos morfológicos*, en "Revista Geogr. Americana", año XV, Buenos Aires, 1947, pp. 161-176 y en la pág. 79 de *Los grupos raciales aborígenes*, de J. IMBELLONI, en "Cuadernos de Historia Primitiva", año II, Madrid, 1948, pp. 71-88.

4. Véase pág. 217 del tomo III de la obra *Razze e popoli della terra* por R. BIASUTTI y un grupo de profesores, Turín, 1941.

de México. El profesor JORGE VIVÓ en su obra⁵ sobre las razas y lenguas indígenas de México había compilado una lista razonada y crítica de las muchas clasificaciones propuestas por Blumenbach, De Quatrefages, y sucesivamente por Hrdlička, Deniker, Sergi, Pittard, Haddon, Dixon, Rivet, Biasutti, von Eickstedt, e Imbelloni. Luego de haber elegido, entre todas, la clasificación de este último como base para su repartición y nomenclatura, y reproducido el mapa distributivo de las nueve razas americanas de la *Tabla* publicado en 1937, se dedica Vivó a establecer territorialmente y por tribus la adjudicación de las áreas respectivas, en lo que concierne a la República Mexicana. Para juzgar el trabajo cumplido por Vivó hay que tener presente la dificultad de su cometido, que consistió en adoptar un mapa de distribución sintético, como el mío de 1937, construido con finalidades continentales y en dimensiones diminutas, y servirse de él a manera de guía de viajero para recorrer un territorio nacional determinado, lo que equivale, más o menos, a viajar de Guayaquil a Caracas con el simple auxilio de un mapa del continente en la escala de 1:80.000.000. Los resultados de Vivó formaron una de las primeras 'pruebas de fuego' para mi carta continental, ya que —en lo que concierne a México— sus reparticiones y características quedaron confirmadas en grado satisfactorio.

Entrando a hablar en particular, Vivó señala dos hechos que le parecen nuevos y cuya representación piensa que debía introducirse en mi mapa. En primer término observa en el sector Noreoriental de México la presencia de un grupo indígena con estatura alta, braquioide, inmigrado desde las tierras septentrionales y penetrado hacia el Sud durante la colonia; a este grupo asigna el rótulo COLÚMBIDOS de mi terminología taxonómica (véase Vivó, carta N° 20). En segundo lugar, dibuja en el litoral sureño, pacífico, de México, una pequeña área de mesocéfalos de baja estatura y mesorrinos, que constituirían, según Vivó, un grupo taxonómico nuevo⁶, que denomina Oaxáquidos. En mi respuesta a las sugerencias del profesor mexicano, después de felicitarle por el éxito conseguido aplicando mis propias directivas a la tarea de clasificar los grupos de México, pude recordarle que, con relación al primer punto, mi mapa no había señalado a los Athabaska (Apache) por el simple hecho, bien declarado en mi escrito, que las migraciones recientes habían sido excluidas, con el fin de no

5. VIVÓ, JORGE A.: *Razas y lenguas indígenas de México, su distribución geográfica*, México, 1941.

6. VIVÓ, JORGE A.: *op. cit.*, pp. 24-26.

dificultar la claridad, y, con respecto al segundo, que no era conveniente alterar la distribución de la *Tabla* con la agregación de grupos inéditos, antes que averiguaciones más sutiles permitiesen excluir que se trate de metamorfismos locales o diminutos residuos de antiguos dolicocefalos, y me apoyaba en las propias palabras del profesor Vivó, quien confiesa no haber observado formas homogéneas ni puras, mas sólo elementos metamórficos producidos por mestización de pueblos tanto dolicocefalos como braquicocefalos.

En 1943 veo formulada una nueva observación crítica, desde Filadelfia, en el trabajo del joven y activo antropólogo MARSHALL T. NEWMAN sobre los cráneos indeformados del Perú⁷. El trabajo de Newman está principalmente dedicado al estudio de dos colecciones de cráneos peruanos: la primera recogida ya en 1914 por Hrdlička en la región de Huarochirí (San Damián) y otra procedente de Paucarcancha (valle del Urubamba), ambas pertenecientes morfológicamente al modelo dolicocefalo. Tiende el autor a confirmar la hipótesis de Hrdlička que tales dolicocefalos peruanos fuesen los representantes de una población peculiar de la zona montañosa, en oposición a la población peruana braquicefala de la región marítima costera.

En mi contestación al investigador de Filadelfia no sólo no objeté la existencia de los dolicocefalos antiguos de Huarochirí y Paucarcancha por él medidos, sino que agregué los datos sobre la serie dolicocefala y acrocefala de la región de Calca investigada por Sergio A. Quevedo, la de U. Wram (de Ancón y Lima), la de Hoyos Sáinz (de San Mateo de la Oroya) y otra inédita de D. E. Ibarra Grasso (procedente de Potosí), concluyendo que entre todas permitían establecer la presencia de un modelo craneológico provisto de las características que son propias de los LÁGUIDOS. La tendencia general de los autores de Norteamérica, insistiendo en la hipótesis ligeramente esbozada por Hrdlička en 1914, es de considerar a los dolicocefalos peruanos como los representantes de una población peculiar de la zona montañosa, *highland-type* o *mountains people*, en oposición a la población peruana de la faja del Pacífico. Insinuaba Newman que en la *Tabla* de 1937 era urgente introducir una corrección en el área que corresponde al Perú antiguo, pues ésta debía ser repartida en dos subáreas, una para los braquicefalos de la Costa y otra para los dolicocefalos del Alti-

7. NEWMAN, MARSHALL T.: *A metric study of undeformed Indian crania of Perú*; en "American Journal of Physical Anthropology", vol. I (N. series), Filadelfia, 1943, pp. 21-45.

de México. El profesor JORGE VIVÓ en su obra⁵ sobre las razas y lenguas indígenas de México había compilado una lista razonada y crítica de las muchas clasificaciones propuestas por Blumenbach, De Quatrefages, y sucesivamente por Hrdlička, Deniker, Sergi, Pittard, Haddon, Dixon, Rivet, Biasutti, von Eickstedt, e Imbelloni. Luego de haber elegido, entre todas, la clasificación de este último como base para su repartición y nomenclatura, y reproducido el mapa distributivo de las nueve razas americanas de la *Tabla* publicado en 1937, se dedica Vivó a establecer territorialmente y por tribus la adjudicación de las áreas respectivas, en lo que concierne a la República Mexicana. Para juzgar el trabajo cumplido por Vivó hay que tener presente la dificultad de su cometido, que consistió en adoptar un mapa de distribución sintético, como el mío de 1937, construido con finalidades continentales y en dimensiones diminutas, y servirse de él a manera de guía de viajero para recorrer un territorio nacional determinado, lo que equivale, más o menos, a viajar de Guayaquil a Caracas con el simple auxilio de un mapa del continente en la escala de 1:80.000.000. Los resultados de Vivó formaron una de las primeras 'pruebas de fuego' para mi carta continental, ya que —en lo que concierne a México— sus reparticiones y características quedaron confirmadas en grado satisfactorio.

Entrando a hablar en particular, Vivó señala dos hechos que le parecen nuevos y cuya representación piensa que debía introducirse en mi mapa. En primer término observa en el sector Noreoriental de México la presencia de un grupo indígena con estatura alta, braquioide, inmigrado desde las tierras septentrionales y penetrado hacia el Sud durante la colonia; a este grupo asigna el rótulo COLÚMBIDOS de mi terminología taxonómica (véase Vivó, carta N° 20). En segundo lugar, dibuja en el litoral sureño, pacífico, de México, una pequeña área de mesocéfalos de baja estatura y mesorrinos, que constituirían, según Vivó, un grupo taxonómico nuevo⁶, que denomina Oaxáquidos. En mi respuesta a las sugerencias del profesor mexicano, después de felicitarle por el éxito conseguido aplicando mis propias directivas a la tarea de clasificar los grupos de México, pude recordarle que, con relación al primer punto, mi mapa no había señalado a los Athabaska (Apache) por el simple hecho, bien declarado en mi escrito, que las migraciones recientes habían sido excluidas, con el fin de no

5. VIVÓ, JORGE A.: *Razas y lenguas indígenas de México, su distribución geográfica*, México, 1941.

6. VIVÓ, JORGE A.: *op. cit.*, pp. 24-26.

dificultar la claridad, y, con respecto al segundo, que no era conveniente alterar la distribución de la *Tabla* con la agregación de grupos inéditos, antes que averiguaciones más sutiles permitiesen excluir que se trate de metamorfismos locales o diminutos residuos de antiguos oleajes actualmente rarefactos, y me apoyaba en las propias palabras del profesor Vivó, quien confiesa no haber observado formas homogéneas ni puras, mas sólo elementos metamórficos producidos por mestización de pueblos tanto dolicoideos como braquioideos.

En 1943 veo formulada una nueva observación crítica, desde Filadelfia, en el trabajo del joven y activo antropólogo MARSHALL T. NEWMAN sobre los cráneos indeformados del Perú⁷. El trabajo de Newman está principalmente dedicado al estudio de dos colecciones de cráneos peruanos: la primera recogida ya en 1914 por Hrdlička en la región de Huarochirí (San Damián) y otra procedente de Paucarcancha (valle del Urubamba), ambas pertenecientes morfológicamente al modelo dolicocefalo. Tiende el autor a confirmar la hipótesis de Hrdlička que tales dolicocefalos peruanos fuesen los representantes de una población peculiar de la zona montañosa, en oposición a la población peruana braquicefala de la región marítima costera.

En mi contestación al investigador de Filadelfia no sólo no objeté la existencia de los dolicocefalos antiguos de Huarochirí y Paucarcancha por él medidos, sino que agregué los datos sobre la serie dolicocefala y acrocefala de la región de Calca investigada por Sergio A. Quevedo, la de U. Wram (de Ancón y Lima), la de Hoyos Sáinz (de San Mateo de la Oroya) y otra inédita de D. E. Ibarra Grasso (procedente de Potosí), concluyendo que entre todas permitían establecer la presencia de un modelo craneológico provisto de las características que son propias de los LÁGUIDOS. La tendencia general de los autores de Norteamérica, insistiendo en la hipótesis ligeramente esbozada por Hrdlička en 1914, es de considerar a los dolicocefalos peruanos como los representantes de una población peculiar de la zona montañosa, *highland-type* o *mountains people*, en oposición a la población peruana de la faja del Pacífico. Insinuaba Newman que en la *Tabla* de 1937 era urgente introducir una corrección en el área que corresponde al Perú antiguo, pues ésta debía ser repartida en dos subáreas, una para los braquicefalos de la Costa y otra para los dolicocefalos del Alti-

7. NEWMAN, MARSHALL T.: *A metric study of undeformed Indian crania of Perú*; en "American Journal of Physical Anthropology", vol. I (N. series), Filadelfia, 1943, pp. 21-45.

plano. "Contestó con franqueza —dije en mi respuesta⁸— que de muy buena voluntad dividiré el área peruana en dos subáreas, cuando, con el proceder de las indagaciones, venga en claro que los grupos de Indios antiguos acro-dolicocráneos no se encuentran en yacimientos aislados, sino en grandes masas, sobre un territorio que no se limite a unos pocos puntos de las montañas al Este de Lima (San Mateo de la Oroya, San Damián) y del valle del Urubamba (Paucarcancha, Calca) sino abarque de manera continua un ámbito considerable de los Andes. Sólo de esta manera podremos excluir dos eventualidades que constituyen actualmente un serio peligro para la interpretación cautelosa de los hechos. La primera es que se trate de núcleos regionales de naturaleza artificial, consecuencia del sistema de la administración económico-política del Cuzco, que consistió en la colonización forzosa de ciertos puntos del territorio mediante poblaciones de *mitmax-kuna* desarraigados de lejanas regiones del imperio. La segunda es que los núcleos de dolicoocráneos andinos representen residuos más o menos tupidos de antiguas poblaciones lagoides o fuegoides arrinconadas, cronológicamente anteriores al cundir de la masa braquioide que encontramos señoreando —en superficie— todo el inmenso teatro andino, desde Colombia y Ecuador hasta el Tucumán argentino. Las diferencias locales entre los distintos núcleos arrinconados representan el efecto de variadas hibridaciones entre ambas componentes arcaicas.

Más tarde, en 1944, salió en Nueva York un trabajo⁹ del profesor CARL O. SAUER, cuya parte positiva y taxonómica está dedicada a divulgar y aplicar mi propio sistema clasificatorio delineado en la *Tabla*, que el autor adopta como base de su investigación. Mas no puedo ocultar que a propósito de los núcleos de la Amazonia en confrontación con los del 'Planalto' brasiliano, entidades que de ningún punto de vista pueden ser confundidas ni por su somatología ni por su patrimonio, el profesor Sauer ha incurrido en una relevante inexactitud, a pesar de la muy elevada cultura geográfica y morfológica que se encuentra condensada en su interesante síntesis de 1944, la que constituye, sin temor a dudas, el trabajo de mayor importancia cons-

8. IMBELLONI, J.: *Recientes estudios craneológicos sobre los antiguos peruanos, nueva fase de la vieja cuestión de los dolicocefalos del Perú*; en "Boletín Bibliográfico de Antrop. Amer.", vol. VII, México, 1946, pp. 85-99.

Del mismo autor: *Sobre los dolicocefalos del Perú antiguo. Reapertura y modernización de una discusión secular*, en "Homenaje a don Luis de Hoyos Sáinz", tomo I, Madrid, 1949, pp. 183-193.

9. SAUER, CARL O.: *A geographic sketch of early man in America*, en "The geographical review", vol. XXXIV, New York, 1944, pp. 529-573.

tructiva que se haya escrito en Norteamérica sobre la cuestión del poblamiento del continente, en los últimos lustros. La frase que figura en la pág. 564: "*in part the Amazonids, of medium to small stature, conserve dolichoid traits and may be a blurred lot of descendants of earlier immigrants to the New World*" está basada en una confusión de concepto y terminología. No se olvide que en esas páginas Sauer, está ilustrando la clasificación de la *Tabla*. Ahora bien, no es cierto que las poblaciones residuales y empobrecidas, de tipo somático fuegoide y lagoide, que reciben en el Brasil la denominación corriente de *Indios do matto*, pertenezcan en mi concepto morfológico al mismo grupo racial que es propio de los Amazónidos, compuesto por Tupí, Caribe, Aruak, Pano, etc. En una sola palabra, no es suficiente que un contingente humano viva (o sobreviva, como en este caso) en un determinado teatro geográfico, para considerarlo parte integral del conjunto racial y cultural actualmente consolidado, típico de ese ámbito. Es recomendable no alejarse de la nomenclatura que he fijado para tales conceptos con el fin de hacer menos fácil —por medio de una terminología convencional— la ocurrencia de confusiones: existe una agrupación racial de pueblos AMAZÓNIDOS típica de la depresión brasileña y de la cuenca del Amazonas en sentido amplio; luego una cultura *Amazónica* de agricultores ocasionales, que le es propia; al lado de ambas sobrevive otra agrupación de elementos arrinconados y visiblemente dispersos, que representa el residuo de una anterior población lagoide y fuegoide con cultura indudablemente más pobre, a pesar de las copiosas aculturaciones recientes.

Todos los especialistas que hemos reseñado hasta aquí se limitaban a sugerir la modificación de un pequeño sector de la *Tabla* correspondiente al territorio que cada uno de ellos acababa de investigar con diligencia suma a través de materiales que ya figuraban en la literatura o de otros nuevos recogidos personalmente en el terreno. Mas he aquí que, cambiando estilo, los dos críticos de 1950, mediante la transformación integral de la nomenclatura y la alteración profunda de la vieja armazón taxonómica lentamente construída desde más o menos un siglo, nos brindan el ejemplo de una energía innovadora incontenible. Son ellos S. CANALS FRAU y HORACIO ZAPATER¹⁰. Las modificaciones que introducen son las siguientes: a) aumentan el número de los grupos raciales de 10 a 13, agregando las tres razas Huárpidos,

10. CANALS FRAU, SALVADOR: *Prehistoria de América*, Buenos Aires, 1950. ZAPATER, HORACIO: *d'Orbigny y la clasificación del aborigen sudamericano*, en "Anales del Inst. Etnico Nac.", tomo II, Buenos Aires, 1949, pp. 111-130.

Califórnicos y Sudéstidos completamente inéditas; *b*) borran cuatro carteles de la Tabla: Plánidos, Colúmbidos, Amazónidos e Ístmidos, para volver a los que usara von Eickstedt: Sílvidos y respectivamente Pacífidos, Brasilidos y Centrálidos; *c*) bautizan a los Pámpidos de von Eickstedt y de la *Tabla* con el nuevo cartel de Patagónidos.

En lo que respecta a esos cambios de denominación, Zapater nos explica¹¹ que era necesario, por fin, hacer respetar en la clasificación humana las reglas de la prioridad nomenclatoria que ya tienen amplia aplicación en zoología y botánica, en base a las cuales no es lícito modificar el nombre de una especie o variedad que haya sido anteriormente bautizada en la literatura científica. Ambos autores suponen que una vez restablecidas las denominaciones de von Eickstedt, 1934, estas reglas se encuentren plenamente acatadas. Y aquí está su error, pues no han tenido en cuenta que esos mismos grupos humanos habían sido ya determinados por otros autores con muchos años de anterioridad. Tampoco han observado (y para ello era suficiente leer con atención el prospecto de las sinonimias) que en mi tarea nomenclatoria tuve justamente la atención de restaurar para cada uno el más antiguo de sus carteles. Es así que PLÁNIDOS corresponde a Hesp. Col. *Planitiae* (Sergi, 1911); AMAZÓNIDOS a Hesp. Col. *Amazónicus* del mismo autor y misma fecha; ÍSTMIDOS a los *Isthmiens* de Deniker, 1900; APALÁCIDOS al igual rubro de A. Zeune, 1846; PÁMPIDOS a Form. *Pampeana* de Biasutti, 1912, confirmado en la PAMPIDE Rasse de von Eickstedt, 1934, pero ya asentado por d'Orbigny, 1839.

Tampoco puede tomarse muy a la letra el invocado afán de restablecer la prioridad, cuando estos autores, que no podían ignorar los antecedentes de d'Orbigny: race *Pampéenne*, Deniker: *Pampéens*, Biasutti: Provincia *pampeana* y von Eickstedt: *Pampiden*, sin hablar de la *Tabla*: *Pámpidos*, todos concordes en la misma denominación, prefieren poner en circulación el cartel Patagónidos¹², el que por otra parte es inconveniente, en razón de su valor más estricto y específico. Tampoco explican cuáles razones los han inducido a adoptar mi cartel SONÓRIDOS, rechazando el nombre Márgidos asentado ya en 1934.

Dejando ahora de lado la remoción de denominaciones históricas, la que en el fondo no toca la substancia más honda del quehacer clasificatorio, me ocuparé con la mayor brevedad de los tres grupos ra-

11. *Opus citatum*, p. 122. También Canals Frau insiste en el particular de modo indirecto, misma revista, p. 150.

12. CANALS FRAU: *op. cit.*, p. 150.

ciales "que ningún autor antes de nosotros había mencionado"¹³ es decir, Huárpidos, Califórnicos y Sudéstidos. El primero está formulado aduciendo caracteres somáticos que corresponden claramente a la construcción de los Pámpidos¹⁴, mas luego se arguye que es una de las dos ramas en que se bifurcó el oleaje humano que trajo sobre el altiplano oriental del Brasil a los Láguidos, mientras en la página 106 se afirma; "ovivuañó tan estrecha afinidad filética, se concluye que en la región occidental de Sudamérica no conviene ir en busca de Láguidos, porque siempre se trata de Huárpidos. Bajo el segundo cartel se han reunido diminutos núcleos residuales de antiguas poblaciones de California en muy avanzado proceso de extinción, claro ejemplo de ya viejos arrinconamientos periféricos y de *finis terrae*, cuyo conjunto nada tiene que ver con el concepto que presidió a la construcción de la *Tabla*; el hecho que fueron contadas 39 tribus gentilicias y 21 familias lingüísticas (KROEBER) no forma la base más favorable para

13. El *H. patagonus* de BORY DE SAINT VINCENT, 1825, que podría traerse a colación, de ningún modo se acerca al concepto moderno del ámbito de este grupo, que se extiende hasta comprender el Chaco y el Matto Grosso. Cuando se elige un término nomenclatorio, debe ante todo buscarse la menor discordancia con la entidad a denominarse, ya en atención a su morfología, ya con respecto al círculo de su dispersión.

Únicamente quedarían sin respaldo los dos carteles de la *Tabla* que se refieren a los grupos más nórdicos del continente septentrional: COLÚMBIDOS y SUBÁRTIDOS. Para el primero existe el antecedente *Pazifide R.*, de von Eickstedt, apoyado en *Pacifique (subrace)* de Deniker, 1900, mas todos pueden observar que al adoptarlo se exagera el artificio nomenclatorio y lógico *pars pro toto*, ya que el carácter geográfico que contiene de ningún modo puede caracterizar al pequeño sector de la Columbia británica, porque desde el extremo norte hasta Chile son muchos los pueblos que se asoman al Océano Pacífico. El mismo raciocinio debe haber persuadido a mis críticos a conservar el cartel SONÓRIDOS de la *Tabla*, en contra de *Márgidos*, efectivamente invalidado por su vaguedad. Para el segundo existe el cartel de Biasutti, 1912: *Formazione neoártica*, y convengo en que mi cartel *Subártidos* debe ser ajustado a ese antecedente, tomando la forma NEOÁRTIDOS, apropiada para asentar el arribo no ancestral de los Esquimales a las regiones árticas del Nuevo Mundo en oposición a esclarecidos autores que últimamente se afanan en sostener lo contrario.

En definitiva, estos ajustes nomenclatorios podrán realizarse con mayor seriedad y unidad de criterio, atendiendo cumulativamente a las normas de 1º, adherencia conceptual en lo morfológico; 2º concordancia, o menor discordancia, con la configuración moderna del ámbito territorial, y 3º prioridad. Mas todo esto es un poco prematuro, a mi parecer, puesto que aun queda algo más positivo que la tarea nomenclatoria, esto es, la depuración definitiva de la lista de los oleajes y de su historia territorial. Por ejemplo: una clara visión de las relaciones (morfológicas, craneológicas, culturales) de los hombres de la región ístmica con los PUEBLOS-ÁNDIDOS de la *Tabla*, y, más esencialmente, la unidad de estos últimos, que constituye una interpretación ya consolidada en la antropología argentina desde la época de Ambrosetti, deben esperar algún tiempo para ser entendidas en forma adecuada; incluso otros hechos menos generales, como el papel de los dolococráneos antiguos del Altiplano y los residuos Láguidos y Fuéguidos en la cuenca amazónica nos piden que esperemos con serenidad que los conocimientos morfológicos e históricos adquieran mayor perfección.

14. CANALS FRAU: *op. cit.*, p. 296.

reunirlas en un único oleaje y establecer una 'región biológica humana'. En cuanto al tercero de los tres grupos, que recibe su nombre del sector Sudeste del continente Norte, ha sido enunciado partiendo de la convicción que la 'familia Iroquesa' tuviese su patria original en las Carolinas o que desde allí avanzara hacia los lagos Erié y Ontario, mientras que en realidad fué en el Golfo de San Lorenzo que los Iroqueses fueron vistos por primera vez ya en 1534 por Cartier, y en particular las ciudades guarnecidas por empalizadas de los Hurón se concentraban en 1600-1650 sobre la Bahía Georgia, en el lago Hurón, mientras que el desplazamiento hacia el Sud siguiendo la cadena de los montes Apalache, hasta casi tocar el Mississippi, representa un proceso cumplido durante la época colonial; ya no es permitido dudar después del exhaustivo estudio publicado diez años atrás por W. N. FENTON con lujo de datos históricos, etnográficos y cartográficos, que constituyen un claro ejemplo de responsabilidad demostrativa¹⁵.

Al finalizar esta reseña recordaré que los agudos raciólogos que nos han precedido, cuyos nombres figuran en cada una de nuestras páginas, nunca tuvieron el propósito de construir un fotograma raciológico de América. Ninguno de ellos podía ignorar que los infinitos juegos del metamorfismo y las superposiciones y residuos cuyos efectos son visibles en la superficie del doble continente exigirían una representación cartográfica de mayor escala, indefinidamente más minuciosa y métricamente exacta. ¿Será necesario repetir por la enésima vez que la *Tabla*, manteniéndose fiel a su intento, absolvió de conformidad su doble propósito, el raciológico y el antropogeográfico (ambos expresados explícitamente en el subtítulo mediante los conceptos de 'grupos raciales' y 'regiones humanas') precisando —en cuanto al primero— la serie de los principales oleajes de poblamiento, y delineando —en cuanto al segundo— los sectores territoriales en donde cada uno logró realizar definitivamente su propia consolidación?

J. IMBELLONI

15. FENTON, WILLIAM N.: *Problems arising from the historic North-eastern position of the Iroquois*; en el volumen publicado en honor de JOHN R. SWANTON, "Smithson' an Miscell. Coll". Vol. C. Washington, 1940, pp. 159-251.

EL ARÍBALO INCAICO - ENSAYO DE CLASIFICACION TIPOLOGICA

Desde mucho tiempo atrás ha sido objeto de controversias el nombre dado a este vaso peruano y por eso nos detendremos brevemente a considerar la exactitud de su nomenclatura y a explicar las razones por las cuales creemos conveniente seguir llamándolo por su nombre griego, con lo que ponemos en evidencia una vez más la estrecha relación que existe entre el problema de la morfología y el de la nomenclatura. Y en este caso concreto del vaso ápodo peruano que se ha dado en llamar aríbalo confluyen de tal manera, que no hemos vacilado en hacer referencia a él como primer paso de una serie de intentos tendientes a conseguir uniformidad en la designación y en la caracterización de las formas cerámicas.

Hemos elegido como punto de partida este vaso, atendiendo al origen griego de su nombre, porque él nos servirá como antecedente para ensayar una nomenclatura con términos de ese origen que evite las confusiones actuales; por supuesto que cada nueva designación no excluirá, en modo alguno, las designaciones locales o regionales, que colocaremos a continuación a manera de sinonimia.

ADRIÁN DE LONGPÉRIER¹ fué el primero que, atraída su atención por la semejanza del vaso peruano con ciertos vasos del Dipylon y de la Magna Grecia, lo llamó con ese nombre, que bien pronto se hizo de uso común y llegó a nosotros por obra de LEJEAL², HAMY³, UHLE⁴ y otros. Si bien esta designación fué realmente afortunada, hubo, sin embargo, un especialista que alzó su voz en contra de ella: FÉLIX F. OUTES⁵. Calificó la comparación de Longpérier como "desgraciada" y agregó: "tanto más inoportuna cuanto que entre los ápodos peruanos y los aríbalos griegos no existe punto alguno de semejanza"; en prueba de su afirmación reproduce los perfiles de un

1. LONGPÉRIER, ADRIÁN DE: *Notice des monuments exposés dans la salle des antiquités américaines (Mexique, Pérou, Chili, Haiti, Antilles) au Musée du Louvre*, Paris, 1851.

2. LEJEAL, LEON: *La collection de M. Sartiges et les Aryballes péruviens du Musée ethnographique du Trocadero*, en "XIII Congreso Internac. de Americanistas" (New York, 1902), Easton Pa., 1905, pp. 75-83.

3. HAMY, E. T.: *Gallerie Americaine du Musée d'Ethnographie du Trocadero*, Paris, 1897, Pl. XXXVII.

4. UHLE, MAX: *Pachacamac*, Philadelphia, 1903, Pl. XVIII.

5. OUTES, FÉLIX F.: *Alfarerías del Noroeste argentino*, en "Anales del Museo de La Plata", tomo I, 2ª serie, Buenos Aires, 1907, pp. 5-49.

aríbalo griego y de uno peruano, tomados de Walters y Uhle, respectivamente (*op. cit.*, pág. 29).

En efecto, no es posible observar ninguna analogía entre las dos figuras exhibidas por Outes; pero otra cosa ocurre si se observan los vasos que sirvieron al autor francés para su comparación. La razón para que esto suceda, es que entre los griegos la palabra aríbalo sirvió también para designar vasos de distinto tipo, como es posible ver, por ejemplo, en la obra de WALTERS⁶, en la de MARY HERFORD⁷, etc. Outes, como es lógico, no ignoraba estas circunstancias y las hizo constar a modo de aclaración, en una nota al pie de la página, en la que dice referirse únicamente al aríbalo propiamente dicho. He ahí, para nosotros, la razón de la conveniencia de seguir llamándolos con ese nombre; si en Grecia existió una forma parecida que fué llamada con ese nombre y si en la actualidad cuando decimos "aríbalo incaico" todos sabemos a qué atenernos, ¿porqué no seguir llamándolos así? Más aún, la designación propuesta por Outes no los define exactamente, sino que anuncia una de sus características, la falta de pie, característica que se repite en otros vasos que nada tienen que ver con los aríbalos.

Dando pues por aceptado el nombre de aríbalo para este tipo de vasos, reservamos el de aribaloides para aquellos otros que se diferencian de los primeros, fundamentalmente, por tener, como base un tronco de cono, lo que permite asentarlos sobre una superficie plana. No nos detenemos por el momento a considerar si se trata de formas primitivas o derivadas (OUTES, *op. cit.*), sino que establecemos simplemente un criterio clasificatorio, al que agregamos la presencia o ausencia de otros caracteres secundarios, como podrá verse cuando exponamos nuestra clasificación. El nombre de aribaloides ya ha sido utilizado por BOMAN⁸, LOOSER⁹, SALAS¹⁰ y otros, para designar formas vinculadas con el aríbalo.

Como paso previo a la exposición de nuestros puntos de vista haremos una breve revista de algunos de los autores que se ocuparon

6. WALTERS, H. B.: *History of ancient pottery*, London, 1905.

7. HERFORD, MARY: *A Handbook of greek vase-paintings*, London-New York, 1919.

8. BOMAN, ERIC: *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du desert d'Atacama*, Paris, 1908.

9. LOOSER, GUALTERIO: *Algunos vasos aríbalos y aribaloides de Chile y límite austral de su área de dispersión*, en "Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología", tomo IV, N° 3-4, Santiago de Chile, 1927, pp. 297-303.

10. SALAS, A. M.: *El antigal de Ciénaga Grande*, en "Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras", serie A, N° 5, Buenos Aires, 1945.

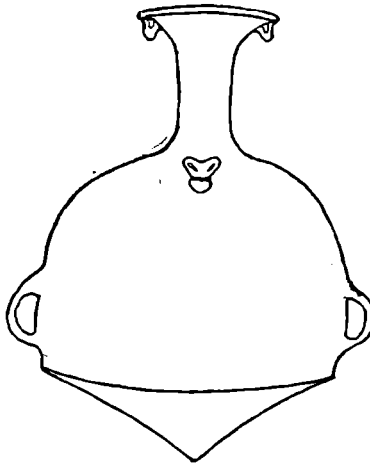
del tema, para analizar su criterio y ver cuáles fueron sus resultados. Los autores a que haremos referencia son: OUTES, BINGHAM, MEANS, JIJÓN Y CAAMAÑO, PARDO, LOOSER, ROJAS PONCE, etc.

Al primero ya hemos tenido oportunidad de referirnos cuando hablamos de la nomenclatura, y sólo diremos que los divide en “ápodos” y derivados de los ápodos, correspondiendo éstos últimos a nuestros aribaloides, y afirma que son formas que se transformaron por razones de orden práctico.

A los efectos de caracterizar la forma típica transcribiremos la definición de OUTES: “vientre subglobuloso; base cónica de muy poca altura, cuello alargado aunque proporcionado, labio plegado rectamente hacia el exterior, asas anchas y de poco espesor situadas en el tercio inferior, en muchos casos dos pequeños círculos perforados colocados simétricamente bajo el borde, y por último, una pequeña protuberancia o escultura grosera en la parte central superior del lado del vientre ocupado por los dibujos” (*op. cit.*, pág. 24).

El segundo autor citado, H. BINGHAM¹¹ en su estudio sobre la cerámica de Macchu-Picchu, propone una clasificación basada en variantes de forma y detalles accesorios que agrupa a los aríbalos en cuatro tipos. Hacemos notar que también utiliza una serie de palabras griegas (*diota, pelike*, etc.) para caracterizar formas de cerámica incaica y no sólo acepta el término aríbalo sino que lo considera descriptivo para un tipo determinado de forma. Su clasificación no es integral y la caracterización de cada tipo no es muy minuciosa porque no enuncia una verdadera definición y además no incluye a los que hemos llamado aribaloides, que también nos interesan en grado sumo.

JIJÓN Y CAAMAÑO¹² es el autor de otra clasificación a la que haremos referencia. Admite también el vocablo griego, aunque con una grafía bizarra originada posiblemente en un error de imprenta. Declara que su intención es elaborar un “corpus” de cerámica cuzqueña y



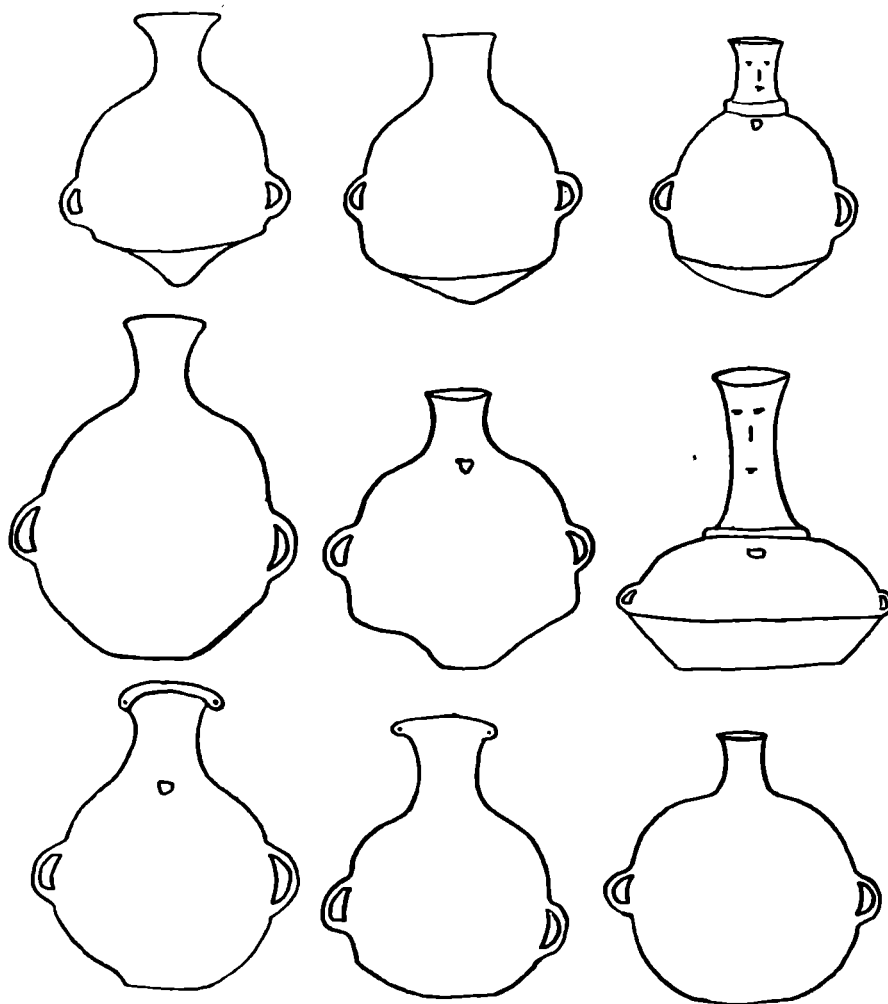
A, el aríbalo propiamente dicho.

11. BINGHAM, HIRAM: *Types of Macchu Picchu pottery*, en “American Anthropologist”, N. serie, vol. 17, N° 2, Lancaster, 1915, pp. 223-256.

12. JIJÓN Y CAAMAÑO, JACINTO: *Un cementerio incásico y notas acerca de los Incas en el Ecuador*, en “Revista de la Sociedad Jurídico Literaria”, tomo XX, Quito, 1918, pp. 159-260.

para ello se servirá de trabajos anteriores; con este fin aumenta las variedades al número de doce en cuanto a la forma, y a un número mucho mayor en cuanto a la decoración.

De las doce variedades que propone (*op. cit.*, lám. 1, fig. 6) pensamos que hay varias que rigurosamente no pueden ser consideradas como integrantes del grupo. La variedad 1 e, no es tal, porque no reúne los caracteres fundamentales; la variedad 1 g, con cuerpo "periforme", sólo está vinculada con el aríbalo por la cualidad de ápodo, y en cuanto a la variedad 1 i, no corresponde porque su cuerpo



En la línea superior figuran de izquierda a derecha, los modelos A-I, A-II y A-III, que son las tres variantes del aríbalo. En las líneas media e inferior, sucesivamente, las formas A 1, A 2, A 3, A 4, A 5 y A 6, que constituyen las seis variedades del vaso aribaloide.

es evidentemente el de los vasos mochica con asa estribo y sus asas no son iguales a las de los aríbalos.

Las restantes variedades se incluyen ya en los aríbalos, ya en los aribaloides. Desde el punto de vista decorativo enuncia una serie múltiple de variedades que creemos puede ser reducida atendiendo al criterio enunciado por MEANS¹³.

La clasificación de los aríbalos de LUIS A. PARDO¹⁴ le fué sugerida por la lectura de los trabajos ya existentes. Los agrupa primero según el tamaño y luego según la decoración. Como a nosotros nos interesa particularmente la forma, tomamos desde ya como prototipo su esquema de aríbalo (*op. cit.*, pág. 4 y 5).

El último estudio llegado a nuestras manos es el de PEDRO ROJAS PONCE¹⁵. Como ocurre con la mayoría de los autores, intensifica su trabajo más que nada sobre elementos decorativos; en cuanto al resto, los agrupa también de acuerdo al tamaño con el mismo criterio de Pardo, a la vez que hace referencia al trabajo de GRESLEBIN sobre "Simetría dinámica"¹⁶.

Terminada esta breve reseña de algunos antecedentes, ha llegado el momento de presentar nuestra clasificación, que si bien no es absolutamente original, creemos que puede contribuir en algo a la sistematización tipológica de estos vasos.

La base de nuestra división es la distinción entre 'aríbalos' y 'aribaloides', entendiendo por 'aríbalo' el vaso peruano que se ciñe al esquema de Pardo y a la definición de Outes, y por 'aribaloide' todo aquel que se le asemeje, pero que se distinga fundamentalmente de él por tener la base truncada. El criterio para la subdivisión, en ambos casos está dado por la presencia o ausencia, parcial o total, de los detalles accesorios y por alguna pequeña variante de forma.

El aríbalo tipo característico es el que lleva en la figura la letra A¹⁷ y admite tres variantes que son A-I, A-II y A-III. La primera¹⁸

13. MEANS, PHILIP AINSWORTH: *A survey of ancient Peruvian art*, en "Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences", vol. XXI, New Haven, Connt., 1917, pp. 315-442.

14. PARDO, LUIS A.: *Hacia una clasificación de la cerámica cuzqueña del antiguo Imperio de los Incas*, en "Revista del Instituto Arqueológico del Cuzco", año III, N° 4-5, Lima, 1938, pp. 3-22.

15. ROJAS PONCE, PEDRO: *Aríbalo Incaico*, en "Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología", Vol. II, N° 1, Lima, 1948, pp. 77-88.

16. GRESLEBIN, HÉCTOR: *La tendencia a la simetría dinámica en la forma aríbalo de la cerámica del Cuzco*, en "Revista del Museo Nacional de Lima", tomo III, Lima, 1934, pp. 164-167.

17. PARDO, LUIS A.: *op. cit.*, fig. 2.

18. OYARZÚN, AURELIANO: *Contribución al estudio de la influencia de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile*, Santiago de Chile, 1910, fig. 3.

carece de relieve modelado y de discos perforados; la segunda¹⁹ posee el relieve pero carece de discos perforados, y la tercera²⁰ presenta en relieve, en el cuello, rasgos prosopomorfos que la caracterizan.

Los aribaloides los agrupamos en seis variedades cuyos rasgos distintivos expondremos a continuación:

- A 1, faltan ambos detalles accesorios: relieve y discos perforados²¹.
- A 2, faltan los discos perforados, pero existe el relieve modelado²².
- A 3, la base ha sido truncada muy arriba de manera que la altura se ha reducido; el cuello, además de haberse alargado, presenta caracteres faciales humanos y carece de detalles accesorios²³.
- A 4, se diferencia del aríbalo únicamente por tener la base truncada²⁴.
- A 5, además de tener la base truncada, falta el relieve modelado, pero tiene discos perforados²⁵.
- A 6, el tronco de cono que servía de base ha desaparecido y la pieza, de forma casi globular, se apoya sobre una superficie plana de tamaño reducido; los detalles accesorios faltan, pero evidentemente se trata de una forma vinculada con el aríbalo tipo²⁶.

Sintetizando, pues, proponemos tres variedades de aríbalos y seis variedades de aribaloides, cuyos perfiles esquemáticos reproducimos en la figura que ilustra el texto.

Para terminar, nos referiremos al trabajo de RYDÉN²⁷ sobre las formas primitivas de los aríbalos peruanos. No hemos considerado ninguna de ellas en nuestra clasificación, entendiendo que rigurosamente no caben en nuestro cánones, por tratarse de formas locales distintas aunque vinculadas estrechamente por el sistema de transportarlas. Sin embargo, mientras algunas se alejan mucho del pro-

19. JIJÓN Y CAAMAÑO, JACINTO: *op. cit.*, lámina II, fig. 1.

20. SELER, EDUARDO: *Peruanische Alterthümer*, Berlin, 1893, lámina III.

21. AMBROSETTI, JUAN B.: *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de "La Paya"*, en "Publicaciones de la Sección Antropológica, Facultad de Filosofía y Letras", N° 3, Buenos Aires, 1907, fig. 128.

22. AMBROSETTI, JUAN B.: *op. cit.*, fig. 123.

23. SELER, EDUARDO: *op. cit.*, lámina III.

24. SALAS, A. M.: *op. cit.*, fig. 54.

25. JIJÓN Y CAAMAÑO, JACINTO: *op. cit.*, lámina XI, N° 6.

26. Ejemplar N° 25.036 del Museo Etnográfico, procedente de La Huerta (Quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy).

27. RYDÉN, STIG: *Primitive types of the peruvian aryballos*, en "Etnologiska Studier", N° 4, Göteborg, 1937, pp. 35-49.

totipo, como las de Teotihuacán (*op. cit.*, pág. 36), otras están sin duda más relacionadas, como las del Valle del Mizque, en Bolivia (*op. cit.*, pág. 39).

CIRO RENÉ LAFON

III

UN ESCANDALO CIENTIFICO: LAS LIBRETAS INTIMAS DE LÉVY-BRUHL

Una de las publicaciones que han producido mayor sensación en estos últimos meses es ciertamente el pequeño y jugoso libro¹ en que las Presses Universitaires de France han dado a conocer al público el contenido de once pequeñas libretas de bolsillo (breves páginas cuadrículadas, tapa de hule negro) que LUCIANO LÉVY-BRUHL había llenado con su menuda grafía durante los últimos años de su vida (1857-1939) a guisa de 'soliloquios' y confesiones íntimas. Honestamente hablando, no puede negarse que de estas meditaciones solitarias surge la certeza que fué hombre escrupuloso al extremo, animado de una sinceridad que no conocía limitaciones, mientras hablase con su propio yo, y que llegaba hasta rechazar sus propias ideas, destruyéndolas mediante una crítica implacable que recuerda el efecto de una máquina pulverizadora. Y sucede que mientras sus obras circulan por el mundo arrastrando a un número incalculable de lectores incautos o sobradamente deseosos de novedades, he aquí que su propio autor, sentado en un banco del Bois de Boulogne o en las playas del mar en Bretaña y Normandía, acomete cada uno de los seis volúmenes que le habían ganado tanta fama, y se entrega a la tarea de desmenuzarlos y derrumbar los conceptos que componen su armazón demostrativa, comenzando por indicarlos con un simple número progresivo: I, *Les Fonctions mentales etc.*; II, *La Mentalité primitive*; III, *L'Âme primitive*; IV, *Le Surnaturel et la Nature dans la Mentalité primitive*; V, *La Mythologie primitive* y VI, *L'Expérience mystique et les Symboles chez les primitifs*. No hay entre los lectores persona alguna que no recuerde a qué corolarios había conducido esa pertinaz y progresiva penetración analítica del autor en la que debería llamarse *Primitivología*, obsesionante y algo imaginario terreno de su afición de cuarenta años, siempre mejor alimentada por el aplauso

1. *Les Carnets de Lucien Lévy-Bruhl, préface de M. Leenhardt*, "Biblioth. de philos. contemp.", publ. por Presses Universitaires de France, 1949.

de la mayoría de los círculos filosóficos y sociológicos de todo el mundo y por la ingenua admiración de una enorme multitud de público curioso. Todos saben que estos corolarios son principalmente la afirmación de que los 'primitivos' se distinguen por una 'mentalidad primitiva' opuesta a la nuestra, gobernada por un sistema 'prelógico' para el que no valen los criterios de contradicción, incompatibilidad, exclusión, etc., que determinan nuestro juicio, y orientada hacia el principio de 'participación'. De tales fórmulas salía configurada la certeza que la razón humana y sus mecanismos son efecto de una evolución, y sujetos a cambios y renovaciones causadas por el variar de las formas de la sociedad. Particularmente en estas dos últimas proposiciones se originó la inmensa popularidad del ideario de Lévy-Bruhl: por una parte recibían sustento los rezagados creyentes en el dogma evolucionista, que, debilitados en toda otra dirección, ambicionaban conservarlo vigente en el dominio de la razón, y por la otra confirmaban sus propias elucubraciones los modernísimos partidarios del 'sociomorfismo', ya profusamente inculcado por los demás componentes de la escuela de Durkheim.

¡Curioso proceso compensatorio! Mientras a su alrededor infuriaba el movimiento de los secuaces entusiastas, cuando se encontraba hablando con su propia conciencia el viejo solitario llenaba sus libretas del escepticismo más acendrado, y se acercaba cada día más resignadamente a la posición del coronel Bertrand, viejo colonial del Congo belga, quien le había dicho con sencilla elocuencia: *Mais non, vous vous trompez, ces gens-là (los primitivos) pensent comme nous* (pág. 49).

"Depuis au moins 20 ans, je ne fais plus usage de "prélogique" qui m'a causé tant d'ennui. Je l'ai remplacé par des expressions moins compromettantes. Il semble que, au fur et à mesure que j'ai employé d'autres expressions, j'ai peu à peu tempéré, atténué, la différence que j'avais cru constater entre la mentalité primitive et la nôtre, au point de vue logique. Dans les Fonctions mentales dans les sociétés inférieures cette différence est tranchée, éclatante, et je l'affirme avec force; la mentalité primitive s'oppose à l'autre comme essentiellement différente..." (19 Jun. '38).

Refiriéndose al caso de Maliki, confiesa que *"j'avais tort de chercher quelque chose de spécifiquement logique pour rendre compte des faits ci-dessus... Il n'est pas exact que Maliki ne voie pas une incompatibilité qui nous semble évidente et qu'il refuse de l'envisager. S'il prend une attitude différente de la nôtre, c'est que, pour lui, des expériences mystiques, d'une objectivité et d'une certitude égales à celles de l'expérience*

ordinaire se mêlent, particulièrement quand il s'agit de sorcellerie, à son expérience quotidienne" (24 Jun. '38). Y al día siguiente insiste: "Nous n'avons donc pas de raison de supposer chez Maliki, en cette circonstance, quelque chose de spécifiquement différent au point de vue logique de ce qui se passe chez nous". (25 Jun. '38).

Luego, al resumir su rectificación, pone una lápida definitiva sobre el famoso 'prelogismo' que tantas palpitaciones ha infundido durante casi medio siglo a miles y miles de lectores desprovistos de aptitud crítica: "*Un examen plus serré m'a donc conduit à une interprétation meilleure des faits recueillis dans les documents de l'Afrique Occidentale Française. Je me suis plus préoccupé de vérifier l'idée préconçue d'une différence au point de vue logique entre l'attitude mentale des indigènes, en certaines circonstances, et la nôtre. En ce qui concerne le caractère "prélogique" de la mentalité primitive, j'avais déjà mis beaucoup d'eau dans mon vin depuis vingt-cinq ans; les résultats auxquels je viens de parvenir touchant ces faits rendent cette évolution définitive, en me faisant abandonner une hypothèse mal fondée, en tout cas, dans les cas ce genre*" (27 Jun. '38), para formular luego el primer punto de su nueva posición: "*La structure logique de l'esprit est la même dans toutes les sociétés humaines connues, comme elles ont toutes une langue, des coutumes ou des institutions; donc, ne plus parler de caractère "prélogique" et dire explicitement pourquoi je renonce à ce terme et à tout ce qu'il semble impliquer*" (14 Julio '38).

En lo que concierne al enunciado de su tan afamada 'ley de participación' el autor confiesa que en ese primer libro *Fonctions mentales etc.* que representa la clave de toda la ficticia armazón, "*ne pouvant expliquer certaines liaisons par les démarches de la pensée obéissant aux lois de la logique, j'ai imaginé d'avoir recours à une loi de participation. Mais je ne prendrais plus aujourd'hui cette position... il est légitime de parler de 'participation'...; il ne l'est pas autant de parler d'une 'loi' de participation...*" (27 Jul. '38). En cuanto a la insensibilidad a las contradicciones: "*J'ai eu tort, dans les Fonctions de vouloir définir un caractère propre à la mentalité primitive en tant que logique, de croire que les faits montraient cette mentalité dans certains cas, insensible, ou du moins plus indifférente que la nôtre à la contradiction*" (28 Jul. '38).

Un programa íntimo: "*corrigeons expressément ce que je croyais exact en 1910: il n'y a pas une mentalité primitive qui se distingue de l'autre par deux caractères qui lui sont propres (mystique et prélogique). Il y a une mentalité mystique plus marquée et plus facilement observable*

chez les "primitifs" que dans nos sociétés, mais présente dans tout esprit humain. Des lors qu'on ne l'érige plus en quelque chose qui s'oppose à une mentalité différente, tous les problèmes de tout-à-l'heure disparaissent" (29 Ag. '38).

Y un apunte o programa para la conversación que tendrá en la 'causerie Duhamel': "*Montrer, pour traiter des "civilisations primitives persistant dans le monde moderne" qu'il n'y a pas lieu de faire usage de l'hypothèse évolutionniste, du moins sous sa forme populaire, et simpliste. Ne pas se représenter la mentalité primitive comme appartenant à une phase que les civilisations traversent, pour passer par d'autres successivement et arriver à la phase présente qui serait entièrement distincte de la "primitive". C'est une vue de l'esprit qui peut plaire et flatter l'imagination, mais ne paraît pas fondée sur les faits ni pouvoir s'accorder avec eux.*" (14 Oct. '38).

Luego, retractación completa y de una sinceridad brutal, esta de LÉVY-BRUHL, el que no titubea en afirmar que *j'ai eu tort... il n'est pas exact... je n'avais aucune raison de supposer... une hypothèse mal fondée... je ne prendrais plus aujourd'hui cette position... je renonce à ce terme...* frases que no dejan lugar a duda sobre su sinceridad y energía autocrítica, al menos en la intimidad de sus soliloquios. En el aspecto concreto, sin embargo, es fácil prever que esta publicación póstuma no tendrá en el desarrollo del pensamiento contemporáneo toda la eficacia que sería conveniente, porque esos gérmenes han cumplido durante muy largo tiempo la función de *plaire et flatter* a las personas de imaginación, y tienen ya una fructificación asaz copiosa; los imitadores, por otra parte, son siempre menos escrupulosos que el maestro, en su afán de superarlo.

La falsedad del ideario de LÉVY-BRUHL no era un secreto para todos aquellos espectadores los cuales desde largos años venían observando con estupor la fortuna popular de sus 'descubrimientos' basados, por un lado, en una incorrecta nomenclatura que permitía permutar los conceptos de lógica, raciocinio, conducta, experiencia e impulso mágico-religioso, y por el otro, en una audacísima posición teórica que se opone diametralmente a las conclusiones del antropólogo, quien ha llegado por medio del estudio diferencial y analítico de las expresiones mentales y afectivas, así como de las actividades de la vida material y social de los más distintos grupos humanos, a enunciar la unidad fundamental del Hombre en todos sus estados, sólo aparentemente distintos en razón de las formas y del tiempo. El que escribe estas carillas no ha esperado la publicación de *Les*

Carnets para manifestar su repulsa, en el terreno de la lógica pura como en el de la etnología (véanse especialmente los trabajos que integran la colección *El Génesis de los pueblos protohistóricos etc.* y *Religiones de América*, 1939-1947.

Mas el número de los que han absorbido y asimilado las ideas que acaban de ser rechazadas por su propio autor es, sin comparación, más ingente; incluso podría citar naciones enteras en que el 'socio-morfismo' ha alcanzado la dignidad de una idea pública, más o menos oficializada en las universidades. En cuanto a la juventud que se ha formado durante los últimos 40 años, sería tarea de gigantes querer enderezarla. Sin salir de Buenos Aires, tengo noticia, entre otros muchos, de un escritor que aspira a completar la parábola demostrativa de Lévy-Bruhl, preparando un libro destinado a establecer en modo sistemático la relatividad de la lógica y la historicidad de sus estados secuenciales, y además, a describir el proceso formativo que creara su estado presente en las naciones cultas. He conocido personalmente a otro joven que desde más de seis años ha consagrado su existencia a demostrar el carácter evolutivo de la razón y para ello ha escrito un primer libro 'esquema', al que se apresta a hacer seguir otros (su método es leer sin interrupción las obras más variadas y sacar de ellas toda expresión que reputa favorable a su intento) apenas logre superar el agotamiento físico que lo aqueja a raíz del esfuerzo sostenido. Le auguro sinceramente que ante todo recupere la salud y luego la elasticidad de su pensamiento, ya tan prematuramente esclerotizado, porque veo en él a un buen muchacho, de intenciones puras. No se olvide que los primeros argumentos de estos jóvenes y de los respectivos comentaristas han salido de las páginas de Lévy-Bruhl. ¿Para qué seguir? es suficiente abrir los libros de estas últimas décadas, y en particular los más recientes, para convencerse de que el 50 % está respaldándose en las citas de sus obras.

Tales infortunadas implicaciones no debían —en realidad— resultarnos del todo inesperadas, al reflexionar que la etnología, disciplina legiferante de la experiencia etnográfica, permanece extraña a los cientos de personas que en estos campos quieren formarse una competencia más o menos voluminosa, pero siempre improvisada, obedeciendo inconsabidamente al llamado de nuestro tiempo, que se dirige hacia la incógnita de la naturaleza humana con nueva energía y de modo más ingenuo y directo. No sospechando siquiera que este sistema de conocimientos y experiencias constituye una base independiente, apta *per se* para reimplantar los problemas del saber y

la conducta en un cauce 'antropológico' —esta misma palabra empleó Aristóteles para referirse a lo realmente humano— se complacen con fruición diletantesca en atraer el discurso etnográfico hacia el cómodo lecho de las actividades consuetudinarias, para engancharlo al carro de las clásicas disciplinas (sociales, filosóficas, históricas) porque les falta el coraje de abrir los ojos y darse por enterados del derrumbe de todos los innumerables, doctos y estériles juegos intelectualistas en que la humanidad ha estado empeñada.

Volviendo a Lévy-Bruhl, su sorpresivo final nos ha brindado un ejemplo de las autodemoliciones y virtuosos arrepentimientos que únicamente se encuentran en las vidas de ciertos Santos (yo, personalmente, nunca he sido entusiasta de los héroes de la última hora, recordando sobre todo que tuvieron durante toda una vida las más amplias posibilidades de desparramar la mala semilla de su enseñanza).

J. IMBELLONI

IV

MITOLOGIA AINU

Publicamos dos narraciones mitológicas del pueblo Ainu, recogidas por K. Kindaichi y traducidas al castellano por nuestro amigo Kazuo Takagi; ambas tienen por protagonista a Ainu-rak-kul, el personaje máximo del ciclo Ainu, en su calidad de héroe civilizador.

EL LINAJE DE AINU-RAK-KUL

En un castillo, entre las montañas, una diosa cuidaba al pequeño Ainu-rak-kul. En la cúpula de dicho castillo, dos soles que brillaban uno al Este y otro al Oeste, representaban al sol naciente y al sol poniente. En el fondo del castillo, frente al altar, un recinto ornado de cortinados servía de aposento a Ainu-rak-kul.

La diosa, de resplandeciente hermosura, preparaba todas las mañanas la comida para Ainu-rak-kul. También el dios de los estandartes (donativos de los dioses) velaba por la inmejorable crianza del niño, brindándole con este fin ciervos y pescados.

Creció Ainu-rak-kul, y un día la diosa le dijo:

—Vete a la montaña y caza una gama. ¡Qué sabrosa te resultará la presa sobre todo por haberla cazado tú!

Movido por las palabras de la diosa, Ainu-rak-kul se puso la faja dorada, colgó el carcaj a su espalda y salió con el arco en la mano.

Admirando el paisaje que muy pocas veces había visto, siguió el camino que bordea un arroyo, y ya a bastante altura pudo ver una gran roca plana que emergía del agua, sobre la cual se posaron simultáneamente Ainu-satchiri (martín pescador) que vino volando desde abajo, y un Kakken (ciervo del río) que llegó desde lo alto. Instantáneamente los dos pájaros se convirtieron en niñas, que tenían en sus manos vestidos de niños primorosamente bordados. La que vino de abajo preguntó a la otra:

—Oh, hermana menor del dios de las cascadas ¿No traes alguna novedad?

—No, ninguna. ¿Y tú, hermana menor del dios del agua que viniste de abajo, no tienes alguna noticia de tus dioses?

—Ninguna, contestó.

Luego las dos niñas continuando el diálogo manifestaron que las dos prendas estaban destinadas a los jóvenes que eran de su agrado. Una de las niñas había escogido a Ainu-rak-kul de Oipepi-poro Sanke-tososo Honokkashi Suoyanke (que significa taza grande, buscador de aparadores, abrazador de ollas), y la otra a Ainu-rak-kul de Moshiri-sitchire Kotan-sitchire (quemador del país y de las aldeas).

Ainu-rak-kul quedó herido por las palabras de las niñas, y lágrimas de rabia cayeron sobre la roca. Pero luego pensó: el que va a ser guía de los hombres no debe enojarse por leves motivos; y continuó su camino hacia la cima de la montaña hasta que al fin encontró un ciervo grande que estaba pastando tranquilamente sobre una barranca. Cuando comía los pastos cerca de sus pies sus grandes cuernos se levantaban, y cuando comía los de más lejos, estirando el cuello, sus cuernos se pegaban al lomo. Ainu-rak-kul se acercó lo más despacio que pudo, pero recordando que “los malos cazadores se acercan demasiado”, retrocedió un tanto y apuntó con la flecha, escondido entre los árboles. El ciervo herido hizo dos o tres pasos, se dió vuelta tambaleando y cayó sobre el pasto. Saltando de contento se le acercó Ainu-rak-kul y vió que parecía estar con vida y lo miraba.

—¿Por qué me mira de esta manera? pensó, y medio enojado lo tomó de las cuatro patas y lo tiró contra un árbol. Pero los ojos estaban aún abiertos. Se dió cuenta así de que los animales mueren con los ojos abiertos. Cortó hierbas para hacer una camada y puéstole encima el ciervo, comenzando por las patas, lo desolló. Cargó la carne a sus hombros y volvió a la casa costeano el arroyo.

Pasando por la roca plana, cayeron sobre su carga ricos vestidos primorosamente bordados, quizá porque las niñas estaban aún allí.

Al verlo llegar al castillo, la diosa se puso contenta y alabó a Ainu-rak-kul golpeando las manos. El tío, dios de los estandartes, desnudó la espada y con ella cortó la parte que se consume cruda, luego la diosa asó la carne y las grasas y comieron juntos.

Finalmente la diosa fué al fondo del castillo a buscar una bolsa viejísima de cuyo interior extrajo una túnica divina cubierta de bordados resplandecientes en forma de soles. Cubrióse la diosa con esta túnica poniéndose en la cabeza la corona de "tusu" o de hechicería y en la faja el cuchillo de mujer, y tomando en la mano la alabarda de mango corto se puso de pie frente a Ainu-rak-kul varonilmente.

En primer lugar expresó a Ainu-rak-kul que le iba a narrar la historia de los dioses y de los antepasados, y que para eso se había vestido de esa manera. Y luego dijo:

—Para evitarte una sorpresa te mandé a la montaña a fin de que oyeras la conversación de las niñas.

Cuando el Dios Creador hizo esta tierra, era un desierto, no había ni un árbol ni un hilo de hierba.

La diosa Chikisani (árbol de fuego) que bajó del cielo trajo el fuego a la tierra. Los dioses jefes del cielo eran dos hermanos. El menor de ellos amaba a la diosa Chikisani, con quien conversaba afablemente durante las visitas que le hacía todas las noches. Esto suscitó la envidia de los demás dioses quienes llevaron al joven enamorado a la guerra. Por esta causa tuvo que pelear días y noches sin descanso y sin tiempo para comer. Cuando sentía hambre se introducía en cualquier casa, buscaba el aparador, tomaba la taza más grande y se servía el alimento que encontraba.

En cierta ocasión, para ahorrar tiempo, se sirvió de la misma olla abrazándola. Es por eso que lo llamaban Oipepi-poro Sanke-tososo Honokkashi Suoyanke, y por haber combatido a dioses malos con fuego, lo llaman Moshiri-shiyshire Kotan-sitchire.

Ninguno de los dos sobrenombres, pues, se ha originado de malas acciones, de modo que no tienes por qué enojarte al oír esos apelativos.

La diosa Chikisani bajó a la tierra de los hombres para compartir su vida con el menor de los dioses del cielo y tuvo un hijo. Ese hijo eres tú. Tu madre te crió durante un tiempo, pero cuando fuiste mayor volvió al cielo junto con tu padre.

Tu tío, el dios que gobierna el cielo azul, tuvo cinco hijas: la mayor

es el lucero de la mañana, la segunda la estrella de la media noche, la tercera el lucero de la noche, la cuarta la luna y la última el sol. La diosa que manda el cielo y alumbra la tierra del hombre soy yo, que he bajado para cuidar durante algún tiempo al hijo del noble dios del cielo.

AINU-RAK-KUL RECONSTRUYE EL MUNDO

La diosa Pikata, del viento Sudoeste, estaba siempre ocupada en bordados y costuras, pero un día cansada de trabajar dirigió su mirada al mundo y le atrajo lo inmenso que era la tierra en toda su extensión. Vestida con las prendas que ella misma había hecho salió al espacio y terminó por situarse en la cima del cerro de una península donde empezó a bailar, haciéndolo repetidas veces. Los vientos que nacían de sus manos se expandieron sobre la tierra y el mar. Este se enfureció y sus aguas parecía que subían y bajaban con fuerza del fondo a la superficie. Olas gigantescas como montañas se elevaban a gran altura como queriendo llegar al cielo. Continuó bailando durante seis días y la tierra donde habitaba el hombre se convirtió en un desierto como la playa de un río de nuestros lugares o el campo después de la cosecha. En medio de esa aridez y desorden quedaba erguida la casa de un hombre, que vivía solo. Decidida a destruirla, también bailó locamente durante seis días más, pero la casa no se derribó. Como ya estaba rendida entró en su casa y continuó la tarea diaria de labores.

Después de un rato, volvió su mirada al mundo y lo halló reconstruido, es decir que todas las cosas estaban como eran antes. Irritada salió vestida con sus mejores galas y una vez en el extremo Oeste del mismo cerro comenzó nuevamente a bailar. Lo hizo con tanta furia, que volvieron a soplar vientos nacidos de sus manos y éstos agitaban las aguas del mar, día y noche. Mientras tanto, en la tierra, el viento derribaba cuanto árbol encontraba a su paso, sacándolos de raíz o cortándolos por el tronco según la resistencia que cada uno oponía.

Después de bailar durante seis días, también otra vez el país del hombre quedó desierto y lleno de ruinas. La casa de aquel hombre, sin embargo, estaba intacta.

Bailó Pikata durante seis días más sin parar, **mas no logró derrumbarla**. Vencida retornó a su morada y a sus tareas habituales.

De repente, abriendo la puerta con brusquedad, entró un hombre y sonriendo se situó en el lado opuesto del fuego.

Pikata estaba enojada y por sus adentros pensaba:

—Me ha pasado lo que nunca. ¡Un hombre ha llegado hasta mí sin haberlo visto antes!

¡Oh noble diosa! —dijo el recién llegado—. Como era muy interesante tu danza, he venido hoy para bailar yo en agradecimiento.

Diciendo esto, se puso de pie y comenzó su danza a un costado del fogón. De las puntas de las manos del bailarín salía también un fuerte viento que levantaba las llamas del fuego. El techo se movía violentamente y se desprendían trozos de las paredes (pajas, corteza de árbol, etc.) y tirantes. Todo caía violentamente hasta que de la vivienda de Pikata sólo quedó un esqueleto sin techo ni paredes.

Entonces el visitante dijo:

—Nunca baila un hombre una sola vez. Voy a hacerlo nuevamente. ¡Oh diosa, observa bien!

Entonces sacó un abanico de oro. En una cara estaba pintada una nube de frío y en la otra el sol ardiente. Con el lado de la nube de frío abanicó despacio hacia Pikata. Salió un viento tan violento que casi se llevaba el cuerpo de la diablo y ésta tuvo que asirse a la orilla de la chimenea. El viento levantaba su vestido y no dejaba ninguna parte oculta. Quería cubrirse, pero el viento soplaba en tal forma, que no se lo permitía. Comenzó a caer agua que se convirtió poco a poco en granizo, en medio de un gran ruido. El vestido de la diosa destrozado por las piedras, descubrió el cuerpo, violentamente golpeado por el granizo. Pikata sentía un dolor que penetraba hasta la médula. El otro nuevamente dijo:

—El hombre nunca baila una sola vez. Voy a bailar nuevamente. Observa bien.

Diciendo esto, abanicó con suavidad colocando la cara del sol ardiente hacia la diablo. En ese instante un calor abrasador y una luz muy viva la hicieron sofocar.

—¿Por qué —interrogó entonces el visitante— destruiste nuestra tierra? Has creído que yo era un simple hombre. He venido para aplicarte un castigo. Pensaba matarte con torturas, pero te salvaré la vida, pues no puedo quitar la vida a una diosa.

Apenas dijo esto empezó a abanicar a la diablo y el viento hizo sanar las heridas chicas y curar las grandes. Otra vez volvió a levantar el abanico y dirigiéndose hacia la casa destruída de la diablo, la reconstruyó. Su dueña, una vez curada se quedó en ella. El hombre se marchó. Al subir al cielo se veían las plantas blancas de sus pies y la vaina de la espada, con la punta quemada. Su casa en la tierra, al parecer un rancho de paja, era de oro, con postes también de oro que parecían llegar hasta el otro mundo por su extensión.

El hombre era AINU-RAK-KUL, que restableció la vida del mundo

después de su destrucción. La diabla, desde entonces, manda solamente brisas suaves y confortables a la tierra.

V

ADDENDA ET CORRIGENDA ZOOLOGICA

Arboles de los gansos. — Con el título *Curiosidades de la Zoología Medieval y de la Nomenclatura Moderna*, apareció en el anterior volumen (II) de RUNA, un artículo de mi firma dedicado a ilustrar la referencia que se lee en la crónica de DIEGO DE VALERA a ciertas creencias supersticiosas afirmadas por la gente de Inglaterra, especialmente en la costa de Levante. Entre estas 'maravillas de Angliaterra' narraba Diego de Valera que muchos creían en la existencia de árboles cuyas hojas al caer en el mar se convertían en peces, mientras de las que caían en la tierra podían nacer aves del tamaño de gaviotas.

Es de advertir que la primera de estas creencias, la de los peces, no fué recogida por los biólogos modernos que he consultado. No sucede así con la segunda, la cual, como sabemos, ha sido comentada por muchos zoólogos y escritores de curiosidades. Por su cuenta, BACHELARD adscribe tales ideas a la mentalidad primitiva, en la que reconoce la tendencia a admitir con facilidad que una estatua se anime, que una planta se convierta en hombre, o que un hombre se convierta en bloque de sal.

En lo que concierne a las hojas transformadas en aves, el cronista conquense se refería, con seguridad, al supuesto origen de ciertos gansos, como el *eider* o ganso boreal, de cuyo nombre se engendró el del edredón (*eiderdown*) que ahora, desertando de Islandia, se ha refugiado en el Spitzberg. En cuanto a los posibles orígenes de esta creencia, deben tenerse presentes ciertos árboles parecidos al sauce, comunes en las costas nórdicas y en especial en la isla Pomona o Mainland (la principal de las Orcadas del Norte), cuyas yemas reventaban en forma particular.

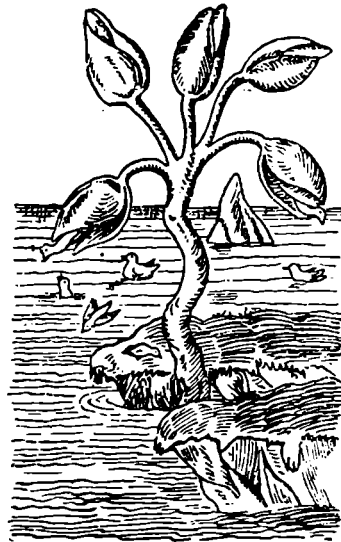


Fig. 1.- Grabado del Siglo XVI tomado de Cabrera que representa el árbol de los gansos.

También se ha ocupado de *La zoología en la Edad Media y el descubrimiento del Nuevo Mundo* el profesor ANGEL CABRERA, en una notable conferencia publicada en los "Anales de la Sociedad Científica Argentina" en su número de abril 1949. Allí, en la página 180, leemos que la noticia de los árboles que de sus frutos producían brantas, o gansos marinos, fué propalada en el siglo XIII por VICENTE BELLUVACENSE (o de Beauvais), fraile dominico. El profesor Cabrera aporta un grabado del árbol gansífero distinto del que yo ofrecí en RUNA, y considero oportuno reproducirlo aquí para darlo a conocer a los lectores.

Es sabido, por otra parte, que los gansos de la variedad llamada por los alemanes *Ringel* o *Bernikel* (*Bernicla torquata* FRISCH o *Bernicla brenta* STEPH) llegan durante el invierno en grandes masas a las costas del Norte de Europa, donde se les caza en cantidad para llevarlos a los mercados. Durante el siglo XIV se oía comúnmente que no procedían de huevos, sino que se desarrollaban de los cirrípedos llamados *Rankenfüsser*, o *Muscheln*, esto es, de los Percebes de ánades, que son Lépadés o Lepádidos.

El profesor Cabrera explica la transición de los que, como NECKHAM, recogieron esta supersticiosa creencia; pasaron de los árboles de la costa a los abetos que llevaban anatifas parásitas. Por otra parte, el vocablo *anatifas* es una contracción de *anatifera* —agrega Cabrera— palabra que significa en latín 'la que lleva un ánade'. Mas estas últimas no se asentaban en las rocas como las pollicipes, y además no son comestibles, como acaba de comunicármelo mi amigo y culto lector KERMÁN ORTIZ DE ZÁRATE.

La confusión deriva también de la relativa indeterminación que acompaña ciertos términos en distintas lenguas. MUSCHELN es palabra alemana que comprende en general a ostras, almejas y cangrejos. Con el vocablo griego *lepas*, por otra parte, se indica tanto a la lapa, molusco gasterópodo (*Patella vulgata*) como a la *Lepas anatifera*, que es un crustáceo del orden de los cirrípedos, llamado en España percebe. Esta última palabra es alteración del latín *pollicipes*, relacionado con el pedúnculo carnoso semejante a un pulgar, con el que se agarra a los peñascos de las costas. Este percebe es comestible.

Ya en el siglo X la gente creía que este pedúnculo carnoso (*Ranke*, *cirris*, o *pie*) era el tallo de una planta, mientras la uña, o animal del extremo libre protegido por valvas, era su fruto, y contenía el embrión de aves acuáticas. Pero conviene insistir en que se trata de dos cosas distintas: por una parte la *Lepas anatifera* o portadora de gansos que

es el percebe de la madera, no comestible, y por la otra la *Lampeña* de los vascos que realmente constituye lo que en lenguaje linneano es denominado *Pollicipes cornucopia*. A estas ambigüedades se debe el hecho que en mi artículo anterior haya caído en el error de confundirlas: confusión, por otra parte, que por nada debe extrañarnos, pues la complejidad imaginativa de las leyendas antiguas y la otra no menos intensa de la nomenclatura taxonómica, terminan por hacer sentir su peso en nuestras mentes modernas.

Arbol de los corderos. — También volvemos ahora sobre otro tema tratado en el volumen anterior, esto es, sobre el árbol de la lana. *Wollbaum* es la ceiba o *Bombax*, pero el algodón es en alemán *Baumwolle* o lana de árbol, mientras el algodónero se llama *Baumwollpflanze*. El profesor CABRERA localiza en Catay el relato de MANDEVILLE “bello país donde se daban unas frutas parecidas a calabazas, las cuales cuando se abrían, contenían una pequeña bestia, como si fuese un cordero con su lana”. Pero no se refería al algodónero, sino a una planta que en 1698 llegó al British Museum, donde se conserva aún.

En efecto, hay un helecho arborescente de India y China con cuatro patas, representadas por otros tantos tallos cortados a una altura conveniente. La forma singular de la raíz y la disposición de los tallos hacían —según el profesor Cabrera— que los campesinos fabricaran fácilmente con unos pocos cortes de cuchillo estos falsos corderitos que se vendían hasta hace pocos años.

La importancia del parecido formal originó, por otra parte, toda la extraña historia de la mandrágora, de tanta importancia en la hechicería europea, así como en terapia originó las aplicaciones de la hepática.

El barón VON HEBERSTEIN sostenía en pleno siglo XVI la existencia de la planta de los corderos al lado oriental del mar Caspio, en el Kasakstán actual, diciendo que con su lana se hacían gorros y que su carne era alimento predilecto de los lobos (Cabrera, pág. 187).



Fig. 2.- Arbol ovejero que se cría en Tartaria.

Marsupiales. — El mismo profesor Cabrera nos refiere que VICENTE YÁÑEZ PINZÓN presentó una comadreja brasileña a los Reyes Católicos, y que se trataba de la zarigüeya, didelfo brasileño, o comadreja overa argentina, que tiene una bolsa marsupial. Fué descubierta por AZARA al público europeo. Según MONLAU, de 'comadrear' en el sentido de acechar o husmear palomares y gallineros, vino el nombre de la comadreja europea, que es un mustélido de Europa, continente donde no hay marsupiales autóctonos. Las leyendas relacionadas con las ubres de otros animales han debido ser la causa de que en vasco se la designe también como *erbi-iñude* o sea nodriza de las liebres: *satanderia*, otro nombre vasco, contiene la voz señora o *andéria*. Por otra parte, en castellano se le llama *paniquesa*, que es exacta traducción de la voz euskérica *ogi-gaztai*.

Comida de viglias. — A este punto me veo en la obligación de enmendar una errata que apareció en mi artículo anterior (RUNA II, pág. 211) originada seguramente por un error de imprenta. Al hablar de los Albigenses se dice que no creían que los peces se originaran por conjunción sexual y por eso sus miembros 'perfectos' podían ser comidos, mientras lo recto era decir que podían comer pescado, y no ser comidos, lo que allí se lee, como si hubiera antropofagia.

Abejas. — Con referencia a mi otro artículo dedicado a las abejas, diré que acaba de salir en *Eusko Jakintza* (1949, págs. 376-378), revista publicada en el país Vasco Francés, un artículo de WILHELM GIESE que trata el mismo tema; el autor recoge la bibliografía vasca y demuestra la extensión de la costumbre en Francia. Lo atribuye —lo que es verosímil— a la creencia marroquí de que las almas humanas se convertían en abejas. También hace pensar en las moscas de Belcebú, tan difíciles de explicarse antes.

El trabajo de W. Giese, curioso y notable, no trae la referencia a tres toponimias conocidas: la primera es *Erlaiz* en Irún, la otra *Erlatx* en Zuberoa y la tercera *Erletxe*, un empalme cerca de Galdacano. La *iz* final de la primera puede ser como en otros casos lo mismo que *etxe* o sea 'casa', o bien *aiz-aitz* 'peña' que equivale al *atx* del segundo toponímico.

Mi amigo Mr. EDGAR GRAHAM me dice que en un magazine británico vió una referencia a esa costumbre, como subsistente en la Bretaña francesa. El profesor OSWALD MENGHÍN me comunica que en ocasión del fallecimiento del patrón se da vuelta a las colmenas móviles, en Austria. SALOMÓN REINACH escribe que Débora, en hebreo, significa abeja. De Inglaterra esa curiosa costumbre pasó —como

es de suponer— a los Estados Unidos, y allí la cita MARCK TWAIN en su *Huckleberry Finn*, que ha sido vertido al castellano con el título *Aventuras de Huck* por la Agencia Acme. En la página 52 de esta traducción debemos leer: “Si muere el dueño de una colmena hay que hacérselo saber antes de que amanezca, pues de otro modo las abejas suspenderían su trabajo y morirían todas”. Y digo *debemos* porque la traducción ha insertado un *no* que no existe en el original, y que trastrueca no sólo el sentido de la frase, sino toda la referencia del autor.

El escritor yanqui WHITTIER ha escrito un poema intitulado *Telling the bees*, es decir ‘Contándolo a las abejas’, del que transcribo una de las estrofas:

La balada de un amante que vuelve para visitar
a su amada, después de un año, y ve primero
un coro de muchachas que cubre a la colmena
con tela negra y dice a las abejas
que alguien ha muerto.

JUSTO GARATE

VI

CURIOSO OBJETO LITICO DE LA PENINSULA VALDES

La inspección de las colecciones de aficionados ofrece a menudo agradables sorpresas al arqueólogo viajero. En unas aparecen en abundancia piezas que se consideraban raras, en otras bellos duplicados de piezas únicas o incompletas; y también se da el caso de encontrar objetos completamente nuevos para la región de la que proceden. Lo propio ha ocurrido con la pieza que presentamos, cuya historia por así decir “museológica”, vamos a referir brevemente.

Acompañando al profesor O. F. A. MENGHÍN en una exploración preliminar de la región de Tandilia (Prov. de Buenos Aires) con el fin de organizar las excavaciones paleoarqueológicas cuyos resultados se exponen en este mismo volumen, tuvimos ocasión de visitar algunas colecciones de aficionados de la ciudad de Tandil; perseguíamos un mejor conocimiento del muy escaso material de superficie de la región que estábamos investigando. El carácter general de las colecciones que pudimos estudiar fué el de comprender un número muy pequeño de piezas de Tandilia, lo que refleja fielmente la pobreza arqueológica

de esta región, mientras abundaban en ellas objetos de otras zonas, en especial modo de Patagonia. Tal fué también el carácter de la pequeña, pero muy valiosa, colección arqueológica del señor CARLOS ALLENDE, simpática y dinámica figura de coleccionista de objetos antiguos, quien nos permitió estudiar las piezas que nos interesaban y tomar los apuntes y fotos que creyéramos necesario.

Ubicada prolijamente dentro de una vitrina, en compañía de otros objetos de inconfundible morfología patagónica, me llamó la atención la pieza representada en las figuras 1 y 2. Apenas conocida su procedencia, de la que el señor Allende nos informó con la seguridad del coleccionista que está continuamente en contacto con su material, me dediqué a tomar los apuntes y bosquejos sobre cuya base (y la de algunas fotos) está hecha la descripción que sigue.

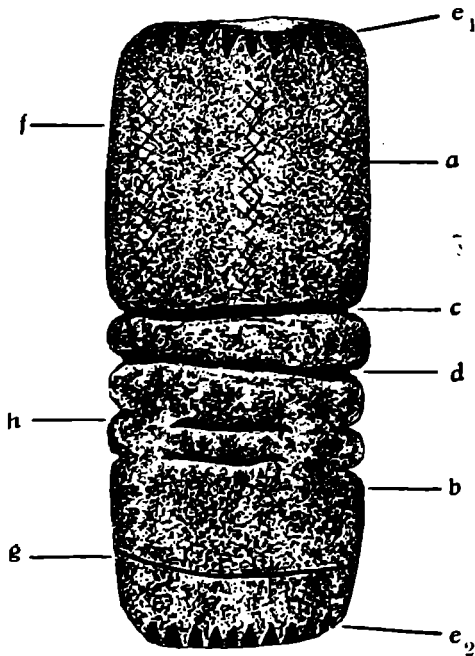


Fig. 1

El objeto procede de una zona ya muy conocida en la arqueología patagónica por la abundancia y el interés de sus yacimientos: la Península Valdés, en el norte del Territorio del Chubut. Fué hallado, hace unos nueve años, por un amigo de su actual propietario sobre la superficie del suelo medanoso que es propio de esa península; tiene por lo tanto el carácter de hallazgo superficial,

que comparte con la gran mayoría de los objetos arqueológicos de la Patagonia conocidos hasta la fecha. Está constituido de serpentina y presenta un color gris verdoso muy oscuro.

Tiene nuestra pieza una forma cilindroide bastante regular; la sección transversal es elíptica y mide 39 por 33 mm.; la altura total del objeto es de 90 mm. La superficie es perfectamente pulimentada, brillante a veces, sin rastro alguno de golpes ni de frotamientos. A los efectos de la descripción consideramos sus elementos geométricos, es decir la cara lateral, la base superior y la inferior; es obvio que estos últimos términos son puramente convencionales puesto que ignoramos la finalidad del objeto y por lo tanto su orientación, si es que tuvo

alguna. La cara lateral del cilindro de serpentina se halla dividida en dos secciones, una superior (*a*) y otra inferior (*b*), por dos incisiones subparalelas *c* y *d* que encierran entre sí una superficie anular cuya altura varía de 5 a 7 mm. Dichas incisiones tienen sección en forma de V y son muy profundas, manteniéndose su profundidad constante a lo largo de todo el recorrido; fueron realizadas evidentemente mediante un instrumento cortante de sección triangular, (muy probablemente una lámina lítica) que se mantuvo fijo con una mano contra la superficie del cilindro mientras la otra imprimía a éste un movimiento de rotación.

Las secciones superior e inferior tienen una altura aproximadamente igual, de unos 40 mm. En la primera se destaca una doble incisión vertical, no visible en el dibujo, que la recorre desde el borde superior hasta la incisión *c*; hacia arriba, las dos incisiones terminan en dos escotaduras contiguas de las treinta y una que cortan el borde superior del objeto, de las que hablaremos luego. Además, todo alrededor de dicha sección, dispuestos a intervalos regulares, se hallan seis motivos ornamentales (*f*). Pertenecen a dos tipos muy comunes en los objetos arqueológicos de la Patagonia septentrional; la línea quebrada y la cadena de losanges constituida por la intersección más o menos perfecta de dos quebradas medianamente regulares. Debe notarse que uno solo de los seis motivos es la línea quebrada, siendo los cinco restantes cadenas de losanges a veces muy imperfectas; todos están grabados a escasa hondura, mas resultan perfectamente claros y visibles.

El campo inferior *b* ofrece, a unos 10 mm. de su borde inferior, una línea incisa *g* que lo recorre en todo su perímetro; tiene los mismos caracteres morfológicos de la *c* y *d*, pero es mucho más sutil y superficial; debajo de ella la superficie del cilindro carece de toda ornamentación, mientras que por arriba se extiende una sección de unos 30 mm. de altura, alrededor de la cual se suceden, a intervalos regulares, cuatro grupos de dos incisiones paralelas cada uno (*h*), las que son muy profundas y tienen sección en forma de V.

El borde superior del cilindroide está cortado perpendicularmente por 31 escotaduras dispuestas regularmente a lo largo de su perifería, que afectan ya a la base superior ya a la superficie lateral en sus porciones colindantes (fig. 1 *e*₁ y fig. 2). Dos de las escotaduras (fig. 2 *a* y *a'*), dispuestas en los extremos de la elipsis que constituye la base superior, son más pronunciadas y dividen su perímetro en dos arcos iguales, uno de los cuales incluye 14 escotaduras y el otro 15. En la